

El estilo de Maité Allamand es siempre ágil, ameno, exento de retoricismos, medido, como si estuviera siempre vigilado por una alerta desconfianza de caer en lo exuberante. Es una de las buenas cualidades de esta escritora que mira al campo chileno, y lo interpreta cabalmente, con expertos ojos de aguda observadora.

En la segunda parte de esta obra nos encontramos con los cuentos de ambiente ciudadano. "Dos para una butaca", nos introduce a ese mundo un poco fantasmagórico e irreal, por el que la autora muestra predilección. "La ventana" es un cuento humano, profundo. Su tema es de raíz universal. Una enferma, en un hospital, ubicada frente a una ventana, relata a otra lo que mira a través de los cristales, con el fin de distraerla. Al fallecer, trasladan a la otra enferma a la cama desocupada. No existe ningún panorama. Sólo había allí una muralla "ciega y vertical". El tema nos hace recordar un hermoso cuento de Antón Chejov. Es posible que se trate de una simple coincidencia, como suele ocurrir en la literatura o una creación inconsciente de lecturas recogidas.

Maité Allamand es, sin duda alguna, una de nuestras buenas escritoras. "El funeral del Diablo" contiene cuentos que permanecerán en la literatura chilena por su sólida construcción artística, su emotividad y la aguda observación de nuestra realidad vernácula.

GONZALO DRAGO

<https://doi.org/10.29393/At390-109AHGD10109>

Aprendiz de Hombre, de GONZÁLEZ VERA

Precedido de un interesante prólogo de Enrique Espinoza, acaba de aparecer "Aprendiz de hombre" (Editorial Zig-Zag), de José González Vera, Premio Nacional de Literatura de 1950, cuyo sólo nombre es garantía de buena lectura para el lector que coge el libro entre sus manos.

"Aprendiz de hombre" no es una obra nueva del celebrado escritor, sino una valiosa selección de sus mejores obras literarias, hecha con cariño y conocimiento por el prologuista, que declara haber marchado muy cerca del autor durante cerca de veinte años.

En esta obra encontramos trozos completos de "Vidas mínimas", "Al-hué", "Cuando era muchacho", "Eutrapelia" y "Algunos", que forman parte de la obra completa de este fino humorista, que ha logrado una merecida notoriedad continental con la publicación de sus libros. González Vera representa un caso singular en nuestra literatura. No podríamos afirmar que es un gran novelista, que la lectura de sus libros es apasionante, que su estilo es acabado, que su humorismo alcanza límites admirables.

No obstante, sus obras se hacen leer fácilmente y tienen un encanto y una originalidad poco común. He ahí el mérito. González Vera ha logrado el secreto de decirnos o contarnos cosas cotidianas como en un lenguaje personal, sin pretensiones líricas ni alardes de retoricismo.

Posiblemente por eso Enrique Espinoza, en su interesante prólogo, cali-

fica de "extraordinario" el caso del celebrado autor de "Cuando era muchacho", al ubicarlo entre los humoristas, género poco cultivado entre nosotros. El humorismo de González Vera es tan leve, tan agudo, que algunas veces no lo palpamos. Es un humorismo que nos conduce sin esfuerzo a la sonrisa, sin llegar jamás al recurso de lo cómico.

"Aprendiz de hombre" es un libro útil para todos: para los maestros, los alumnos, los escritores y toda persona que se interese por conocer la obra completa de este laureado escritor chileno, que une a su valor literario indiscutible, una auténtica modestia que lo caracteriza en el mundo de las letras.

José Santos González Vera es un escritor honrado, franco y veraz. A ratos nos cuenta trozos de su vida íntima, con una sencillez cautivante. No hace ningún misterio de su vida. Se confiesa anarquista y nos dice que durante su juventud desempeñó los más humildes menesteres: pintor de brocha gorda, mozo en una peletería, lustrabotas en el Club de Septiembre, vivió durante algún tiempo en un conventillo de la calle Maruri y terminó siendo funcionario público y valioso escritor sin grandes pretensiones.

En "Aprendiz de hombre" González Vera nos participa parte de sus vivencias, de recuerdos que se hablan en voz alta para evocar un pasado modesto pero de una limpieza imponderable. En suma, es un libro valioso, interesante, que encontrará franca acogida entre el público lector que sabe apreciar los dones del espíritu al servicio de la literatura.

GONZALO DRAGO

Las Nubes y los Años, de FERNANDO GONZÁLEZ URIZAR

Editorial Lírica Hispana, Caracas, 1960

En una parte de su autobiografía, G. H. Chesterton dice: "Ustedes me disculparán que siendo yo escritor, y si se me concede, artista, no provenga de un padre alcohólico y de una madre tuberculosa".

Hemos recordado esta humorada del gran autor inglés a propósito del poeta chileno Fernando González Urizar. No es la suya ciertamente la imagen prevista del poeta. Por el contrario, es un hombre bien vestido, de excelente salud y alto funcionario fiscal. Hay más, a pesar de ser un poeta hecho y derecho, y hasta con voz propia, no practica el hábito, tan arraigado en otros, de hacerse las Relaciones Públicas a sí mismo.

Fernando González Urizar —38 años, de origen chillanejo, abogado—, publicó en 1956 su primer libro, "La Eternidad Esquiva", cuyo lírico contenido mereció reverentes comentarios. Recientemente ha publicado en las diminutas ediciones Lírica Hispana, de Venezuela, su segunda obra, "Las Nubes y los Años", precedido por un prólogo de Pablo Neruda, el padre —y a veces el padrastro— de la poesía chilena de los últimos 30 años. En ese prólogo, el autor de "Crepusculario", dice: "Fernando Gon-